

—Su padre es francés y llevan un horario bastante raro. Lo hacen todo con antelación, como si tuviesen siempre prisa —le explicó Clara a Andrea.

Y Andrea cayó en la cuenta de que los belgas se parecen a los franceses y quizá debería también marcharse si quería mantener su mentira sin levantar sospechas. Y aunque se sentía en la gloria cerca de Clara, también se despidió.

—Mañana madrugo. Tengo que encontrar un banco. Tengo que cambiar dinero.

Emilio le entregó un llavero con el escudo del Real Club Deportivo Español.

—Vale. Ten cuidado con los Tort. Si te los encuentras, enséñales este llavero y diles que es un salvoconducto que te ha dado el almirante.

—Salvoconducto. Bien. Gracias. Y adiós.

—¿Te veremos mañana? —preguntó Clara.

Andrea sonrió y se encogió de hombros.

Mientras Andrea se alejaba en dirección al paseo marítimo, Emilio, Laura, Luisa y Clara lo siguieron con la vista, sin despegar los labios.

—Lápneda —dijo Emilio, cuando el serio se hubo alejado lo suficiente.

—Eso. ¿Por qué dice Lápneda? —se preguntó a la vez—. Todos sabemos que la finca junto al faro se llama La Pineda.

—Todos, menos él —murmuró su hermano.

—Aquí hay algo muy, pero que muy raro —sentenció ella.

Clara aún no había apartado la mirada de Andrea, al que se distinguía perfectamente en la distancia gracias a su camisa oscura, tan poco habitual en un país como España, donde todos los hombres usan camisa blanca, incluidos los toreros.

—Es lo que pasa con los chicos —murmuró entonces—: Que no hay ninguno perfecto. A saber qué secreto esconde este. Porque, por otro lado... Hay que ver lo guapo que es!

—¡Ya lo creo!

Y las dos amigas se echaron a reír nerviosas, mientras Emilio fruncía levemente el ceño.

Esa misma noche, a la hora del Avecrem, sonó el teléfono en el hostel Pradas, propiedad de la tía Laura y Emilio, y donde ellos y sus padres se hospedaban durante todo el verano.

—Yo lo cojo —dijo Laura, cuando ya su padre se levantaba de su sillón de cuero granate, dispuesto a descolgar el aparato—. Es que suena como para mí.

Y, en efecto, era para ella.

—Laura, soy Clara.

—Hola. ¿Qué pasa?

—Es un embustero.

Laura tardó unos segundos en comprender que su amiga se refería al chico extranjero que habían conocido esa tarde.

—¿Por qué dices eso?

—Seria no existe. Nos ha mentado, no sé por qué. Acabo de consultar el atlas que compró mi abuelo en Navidad y no aparece.

—¿Has mirado bien? Andrea dijo que estaba cerca de Albania.

—Claro que he mirado bien. Los únicos países que limitan con Albania son Yugoslavia y Grecia. Además, he consultado la lista de países del mundo. Vienen todos, por orden alfabético. No hay ninguno que se llame Seria ni República de Seria ni nada parecido.

—Es posible que sea un país muy pequeño. ¿Has mirado si aparece Andorra?

—Oye, chata, que mi atlas es de primera. Pues claro que aparece Andorra. Y Mónaco. Y San Marino. Y el Vaticano. ¡Aparece hasta el peñón de Alhucemas! Pero ni rastro de Seria.

—Ya... Pues no sé qué decirte. Supongo que tienes razón: era demasiado guapo para ser de fiar.

Media hora más tarde, sonó el teléfono en casa de los Gálvez.

—¿Diga?

—Señor Gálvez ¿Está Clara en casa? Soy Laura. Laura Lambán.

—¿Qué quieres a estas horas, Laurita?

—Nada. Solo quería decirle que el atlas que compró usted en Navidad es una birria.

—¡Vaaaya por Dios...! Pues espera, que ahora se pone.

Veinte segundos más tarde, Laura escuchó de nuevo la voz de su amiga.

—Pero ¿qué le has dicho a mi abuelo, que parece tan disgustado?